



## Capítulo 399 - Llamado Divino

El cielo estaba teñido de oro oscuro, como si el tiempo se hubiera detenido entre el atardecer y la noche eterna. En el centro de una sala formada por pilares flotantes y plataformas que desafiaban la lógica de la gravedad, deidades de diferentes panteones se observaban con cautela... y curiosidad.

Fue entonces cuando una nube dorada zumbó en el aire y se detuvo con una grieta amortiguada en el centro de la plataforma principal.

"Bueno, bueno... ¿qué clase de reunión interesante es ésta?" preguntó el recién llegado, con una amplia sonrisa en el rostro.

Era Sun Wukong, el Rey Mono. Llevaba una túnica roja rasgada en los hombros, adornada con piezas doradas, y giraba perezosamente su bastón Ruyi Jingu Bang entre sus dedos como si fuera sólo un juguete.



"Espero que no me hayas llamado para otro torneo celestial. "Ya estoy aburrido de humillar dragones y generales" Bostezó exageradamente.

"No te invitaron, Wukong", fue la respuesta fría y aguda.

Una figura femenina caminó hacia el centro con pasos firmes. Susanoo, Diosa de las Tormentas, vestía un kimono negro con nubes plateadas bordadas y su larga katana ya estaba medio desenvainada. Sus ojos violetas ardían como relámpagos atrapados en un cristal.

"Y, sin embargo, entras como si fueras el dueño del salón"



„Susano! ¡Cariño, por favor! Wukong levantó las manos, sentado con las piernas cruzadas sobre su propia nube, todavía con una sonrisa burlona. - Somos amigos ¿no? FRIENDS." Deletreó la palabra en el aire con humo dorado, chasqueando la lengua.

Antes de que pudieran volar más chispas divinas, otra voz emergió del costado con una suavidad traicionera: "Amigos o enemigos... depende del día de la semana, ¿no?"

Loki entró en escena. Cabello alto, delgado, verde oscuro con una raya blanca que ondea como una sombra viviente. Su traje negro parecía hecho de serpientes entrelazadas y caminaba como si bailara con peligro.

"Confieso que es emocionante ver tantos egos cósmicos en un solo lugar. Casi me siento pequeño." Sonrió, como un lobo ante una oveja armada.

"Silencio, mentiroso", dijo la voz profunda y poderosa. Kali parecía una ola de calor.



Su piel bronceada brillaba como obsidiana, sus cuatro brazos adornados con joyas de guerra y su cabello en llamas ondeaba como llamas vivas. Sus ojos ardían de rabia ancestral.

"No recuerdo haberle dado la palabra al dios de las mentiras"

"¡Cálmate, Kalizinha!" Loki levantó dos manos en un gesto de rendición, mientras los otros dos sacaban una manzana de ébano de la nada. "¡Soy el dios de las mentiras, no de la resistencia física! ¡Muero fácilmente!"

Wukong se rió a carcajadas y aplaudió. "Por fin, una reunión en la que puedo morir de risa incluso antes de que comience la pelea"



Antes de que las burlas se convirtieran en truenos, veneno o fruta arrojada con intención divina, una risa aguda resonó por el pasillo —esta vez viniendo desde arriba.

De un desgarró en la tela dorada del cielo, un carro hecho de huesos celestiales tirados por cuervos descendió en espiral. Sobre ella, erguida como una sombra que había aprendido a caminar, estaba una mujer de cabello negro ondulado como el mar en medio de una tormenta, vestida con un manto de plumas de cuervo que parecía absorber la luz misma.

Era Hel.

La mitad de su rostro era inquietantemente hermoso, pálido y eterno. La otra mitad, podrida, reveló huesos y músculos oscuros como barro congelado. Sus ojos —uno muerto, el otro vivo— observaban todo con aburrida supremacía.



"Vine sólo por el olor del conflicto", dijo Hel, descendiendo del carruaje con elegancia funeraria. "¿La invitación? Ah, pensé que era una trampa, pero estoy decepcionado. Nada explotó cuando crucé el portal."

Inmediatamente después de ella, un viento esmeralda azotó el pasillo. Girando como una danza tribal, Quetzalcóatl apareció en su forma serpentina alada, antes de adoptar una forma humanoide —piel dorada, ojos como esmeraldas fundidas y plumas vivas que silbaban en su espalda como hojas en el viento.

"Si esto es una trampa", dijo con una sonrisa, "que sea una trampa hermosa" Su mirada recorrió el grupo de deidades con fascinación casi científica. "Y qué elección tan audaz... llamar a tantos egos a una sola etapa"

"Eso es exactamente lo que me preocupaba", añadió una voz profunda, resonante como el amanecer en los valles. Amaterasu, la Diosa del Sol,



apareció caminando sobre un fino círculo de luz, dejando cada paso rastros florales que se marchitaban al tacto del aire divino. "Nadie aquí invocaría tantos dioses sin un propósito. Ni siquiera Loki."

"Gracias por tu confianza", respondió Loki, fingiendo ofensa y mordiendo teatralmente la manzana negra.

Fue entonces cuando una explosión de humo negro y vinos amargos atravesó el espacio. Apareció un portal en forma de espejo agrietado, y de él emergió el barón Samedi —sombrero de copa inclinado, dientes dorados, gafas de sol incluso en el crepúsculo divino.

"Ahora estamos hablando", tarareó, encendiendo un cigarro etéreo que ardía con luz azul espectral. Pensé que iba a ser una de esas reuniones aburridas... pero veo caras que no se habían visto desde Ragnarok Él se rió de buena gana. "Y otros que deberían haber permanecido muertos."

Comenzó un zumbido. Todo el mundo hablaba, especulaba, sospechaba. ¿Quién los había reunido? ¿Por qué tantos panteones? ¿Por qué ahora?

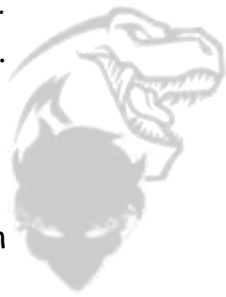
Hasta que el cielo se quedó en silencio por sí solo.

Un escalofrío recorrió los pilares y plataformas.

Los cuervos comenzaron a graznar.

Y luego ella llegó.

Morrigan.





Flotando sobre una espiral de alas, sangre seca y sombras líquidas, la Diosa de la Guerra, la Profecía y la Muerte aterrizó con un impacto silencioso — como si la realidad hubiera contenido la respiración para no molestarla.

Su cabello, como aceite sagrado, flotaba ligeramente y sus ojos eran dos eclipses en llamas. Su cuerpo, envuelto en un vestido de luto y combate, exudaba un poder sin vanidad — sólo inevitabilidad.

El silencio fue completo. Incluso Wukong dejó de girar su bastón.

Morrigan caminó entre ellos como un segador entre fantasmas y se detuvo exactamente en el centro de la plataforma principal. Ella no sonrió. Ella no parpadeó. Ella simplemente observó — como si ya supiera el resultado de esa reunión.

Y luego, con voz baja, aguda y contundente, dijo Morrigan, con una media sonrisa que parecía rezumar veneno:

"¿Quién quiere matar a las dos Emperatrices Dragón?"

Por un momento reinó el silencio supremo. Sin bravuconería, sin chistes — ni siquiera Wukong se atrevió a reír.

Fue Kali quien rompió el momento, levantando una ceja con visible desaprobación. Suspiró como si escuchara a un niño pidiendo jugar con dinamita.

"Me voy."





Su silueta se disolvió en llamas rojas, desapareciendo del avión con la misma intensidad con la que había llegado.

Morrigan ni siquiera parpadeó. Ella simplemente observó cómo se esparcían las cenizas. Y luego dijo, como si no le hablara a nadie — ni al universo entero a la vez:

"Renacerán. En unos días...tal vez semanas."

Un destello púrpura atravesó el aire y Kali reapareció en el mismo lugar donde había estado, esta vez con los ojos más atentos. "Cuéntame más."

Morrigan cruzó los brazos, indiferente a la sorpresa. "El sello se está debilitando. Y, como todos sabéis, no son exactamente... diplomáticos."

Hizo una pausa dramática y, asintiendo levemente, soltó: "Te lo advierto porque te debo algunos favores". Uno para Sephirothy... y otro, más viejo, para Agares." Se encogió de hombros, como si hablar de deudas cósmicas fuera trivial.

"Si quieres irte, siéntete libre. "Simplemente me aseguré de que esta invocación llegara a los dioses a quienes no les importan las leyes, las consecuencias... o el destino del mundo"

Miró a su alrededor con naturalidad—, pero sus ojos eran espadas y todas las deidades lo sabían.

Cuando volvió a mirar, el pasillo se había vaciado.

Todos se habían ido.





Todos... excepto tres.

Kali, imponente como siempre.

Wukong, ahora sentado en su bastón flotante, mordisqueando un melocotón celestial con una sonrisa de pura emoción.

Y Susano, su katana brillando ligeramente, como si el acero sintiera anticipación. Parecía ansioso por cortar algo.

Morrigan levantó las cejas, genuinamente complacida. "Mucho más de lo que esperaba."

